

Los que merecen morir

CARLOS SALEM



«Me llamo Nadie» será lo último que escuchen las víctimas de este asesino sin rostro antes de su último suspiro. Su misión, ejecutar a aquellos que han salido indemnes de sus culpas gracias a las grietas del sistema; pero quizás hay algo más.

La ola de crímenes tiene en jaque a la policía, y para detener a Nadie recurren a Severo Justo, el policía más condecorado y apegado al reglamento, con un pasado singular como sacerdote y que decide que este será el último caso que resuelva antes de suicidarse.

Para atrapar al asesino, Severo reúne un equipo heterogéneo que incluye a Dalia Fierro, una psiquiatra con cuatro doctorados y docenas de voces que discuten en su cabeza, una *hacker* octogenaria y un forense que habla con los muertos.

Pero el asesino se obsesiona con el pasado de Severo Justo y decide incluirlo en sus planes. Nadie está a salvo de Nadie.

*Esta novela está dedicada a Reyes Monje,
La Reina de Malasaña,
por tanto que no alcanzarían
todas estas páginas para explicarlo,
ni falta que nos hace.*

*Sigo sin creer en el Cielo,
pero ojalá me equivoque doble
y además sí que haya cerveza*

.

I

Yo no hablo de venganzas ni perdones,
el olvido es la única venganza
y el único perdón.

JORGE LUIS BORGES

1

—*My tailor is rich* —imita Rogelio Calzado mientras seca su cuerpo con una mullida toalla blanca.

El vapor flota en el amplio cuarto de baño como una niebla dulce. Rogelio se dice, como siempre que tiene tiempo de tomar una ducha larga y en calma, que en ese cuarto de baño se podría jugar un partido de fútbol de cinco contra cinco, como cuando él era un chaval, allá en Oviedo.

Lo cierto es que cuando era un chaval casi nunca había tiempo para jugar al fútbol, porque había que trabajar. Y cuando por casualidad tenía un día libre, no lo escogían en ningún equipo porque era muy bajito y bastante malo dándole al balón.

«Has nacido con dos pies izquierdos, pequeñín», se burlaban los otros niños, especialmente *el guaje* Miranda, desde su estatura que hacía suspirar a las niñas del barrio, las mismas que a Rogelio ni le dedicaban una segunda mirada.

Como siempre que esos recuerdos se asoman, Rogelio pasa revista a la vida de cada uno de aquellos engréidos. Ninguno llegó a nada. Miranda tampoco. Acabó trabajando en la mina y lleva en paro más de diez años.

Rogelio lo sabe porque hizo investigar a todos esos compañeros de infancia que tan poca compañía le hicieron.

El que más lejos llegó es gerente de una sucursal bancaria en el pueblo más remoto de Asturias. Una sucursal del banco del que Rogelio es presidente y máximo accionista.

Tanto correr en el campo, pero ninguno llegó a nada.

Él sí. Él tiene un cuarto de baño de mármol en el que se podría jugar un partido de cinco contra cinco.

—Un baño, no: muchos y en muchas propiedades. Seguro que el listo de Miranda caga en un cubo —dice en voz

alta, ahora que no hay nadie en casa y no tiene que fingir esos modales que la estirada de su mujer le exige incluso delante del servicio.

—*My tailor is rich* —insiste la grabación.

—*Maitailorisrich* —repite Rogelio en voz alta mientras se seca con cuidado el cabello escaso. Repentinamente enfurecido, apaga de un golpe el iPad cuya pantalla parece empañada—. Coño, claro que mi sastre es rico. Y no es para menos, con lo que cobra por cada traje, el mamón.

Pero Rogelio Calzado recuerda las burlas periodísticas por su inexistente dominio del inglés, evidenciado durante una reunión internacional de banqueros, y vuelve a encender el aparato y pone en marcha el programa.

—*My name is...* —enuncia la voz magistral.

—*Mainaimis...* —imita Rogelio.

—*The children sing.*

—Eso, eso: que canten los niños —exclama Calzado, y limpia la pantalla del iPad con la toalla, cierra el programa de enseñanza de inglés para escolares y busca en la biblioteca musical del aparato hasta hallar el álbum deseado.

Como si se tratara de una broma particular, presiona con el índice y sonríe cuando el vapor se llena con los acordes de *Crisis? What Crisis?*, de Supertramp.

Y Rogelio se felicita una vez más por haber dado el fin de semana libre a los criados, y por el oportuno viaje de su mujer a París, con la previsible intención de desvalijar, tarjeta en mano, las casas de alta costura de la capital francesa. Así puede disfrutar de un par de días en soledad y liberado de la obligación de simular un agobio que no siente.

Las cifras son claras: pese a la paranoia de los mercados bursátiles, sus acciones adquiridas por medio de discretos intermediarios no han dejado de subir en Wall Street y Tokio.

Rogelio Calzado canta, siguiendo al vocalista Roger Hodgson:

*I'm a poor boy,
I can still be happy,
As long as I can feel free.*

Y sonrío al comprender que comprende el significado de las palabras.

Sube el volumen, se envuelve en una bata mullida y decide celebrar la soledad con dos dedos de *whisky*, y que le vayan dando a mi médico con sus prohibiciones, que él también se está haciendo rich a mi costa.

Al salir al amplio ante-baño de mármol blanco sigue cantando hasta que su voz se estrangula frente a la presencia inesperada.

La figura viste un mono de trabajo que parece nuevo y lleva en la cabeza un casco amarillo de obrero.

Y no tiene cara.

Calzado recibe el golpe y cae hacia atrás, pero no llega al suelo con la violencia previsible, ni ocurre el golpe en la nuca que adivina mientras se desvanece, *morir así no, casi en pelotas no, por lo menos vestido con un buen traje, que al fin y al cabo My tailor is...*

La figura sin cara lo aferra en el aire por las solapas de la bata y lo deposita con suavidad maternal sobre el mármol.

Manos enguantadas le dan suaves cachetes en las mejillas para reanimarlo, y aunque Calzado vuelve en sí, se resiste a dejar que sus ojos se abran, no quiere ver esa cara sin cara. Algún resto de racionalidad le dice que es solo una careta blanca, pero eso solo lo asusta todavía más.

Los mismos dedos le abren la boca y ponen bajo su lengua un objeto metálico cuyo sabor le resulta familiar y secreto al mismo tiempo.

Intenta reconocerlo.

Es un disco circular. Delgado y con cierto relieve.

Dulzón.

El banquero comprende y se asusta de verdad.

Es una moneda. De dos euros.

Sabe igual que una moneda de dos euros.

Calzado piensa vagamente que preferiría morir antes que reconocer que conoce el sabor del dinero.

Y de inmediato se arrepiente de ese pensamiento.

Abre los ojos.

La cara sin cara, bajo el casco, lo mira sin ojos.

—Me llamo Nadie —dice.

Y le clava el destornillador en el cuello.

2

—... *rrezik*, *Gefahr*, *небяспека*, *opasnost* —se sorprende a sí misma Dalia Fierro, murmurando al despertar, pero no deja de rezar la palabra «peligro» en tantos idiomas como conoce, y son demasiados.

Lleva años fomentando ese secreto hábito que le sirve para gobernar una voluntad, la suya, sólida como una locomotora, pero con tendencia a descarrilar. Y hasta puede que de vez en cuando se duerma traduciendo una palabra al azar y despierte horas más tarde afanada en sueños en la misma tarea, como si solo hubiera transcurrido un parpadeo.

Pero hasta ahora no le había ocurrido cuando duerme acompañada.

No logra reprimir una sonrisa triste al admitir para sí misma que, incluso chapoteando en la somnolencia, recuerda que «peligro» se dice *opasnost* en croata, *fare* en danés, y *nebezpečnostvo* en eslovaco, pero no el nombre del joven que duerme a su lado.

Dalia sigue traduciendo mentalmente mientras lo observa, desnudo y boca abajo en su cama.

Duerme con ese abandono invulnerable que solo exhiben, sin saberlo, los hombres que no han cumplido aún los treinta años. Como si la muerte, al igual que en aquel poema de Benedetti, fuera siempre la muerte de los otros.

¿Rodrigo? Tal vez Iván.

No. Estoy casi segura de que no se llama Iván y tampoco fue terrible. Ni maravilloso. Fue... kwesokudla, se dice.

«Correcto» en zulú.

Aunque no es ningún zulú, bromea mientras lo mira.

Pero no estuvo mal.

En todo caso, la sensación de alarma no puede deberse a ese chico que conoció anoche en un bar elegante, uno de los tantos que frecuenta sin repetir durante meses, cuando los volcanes se le despiertan dentro y amenazan una erupción que, por más lava que acumule, *siempre acaba en lluvia de ceniza*.

Se pregunta, una vez más, por qué lo hace. Por qué busca y siempre encuentra compañías agradables (*becik* en javanés) y fugaces entre chicos a los que supera en edad por más de quince años.

La psiquiatra forense Dalia Fierro, irritante como siempre, conoce la respuesta: *lo haces para evitar un compromiso por improbable que sea, cualquier amor que desequilibre todavía más el deshilachado puente colgante de tu vida*.

La psicóloga Dalia Fierro, maternal y distante a la vez, matiza: *haces bien al dejar escapar los impulsos con cierta periodicidad, para controlarlos. No puedes volver a lo de antes. No debes*.

Y la mujer desnuda Dalia Fierro, más práctica, se dice: *sí, sí, lo que tú quieras, pero te encanta que, a tus cuarenta y ocho años, estos chicos que parecen estatuas clásicas te deseen y hasta te llamen para repetir, aunque tú no repites, maldita idiota*.

Las tres Dalias, tres de muchas que son la misma, admiten que el motivo, el verdadero motivo de esas elecciones, es más simple y casi elogiabile: *así no te acabas tirando, en uno de tus baches de melancolía, al pobre Martín*.

Martín es su secretario en la consulta, veintisiete años, portador de una belleza imponente, de león joven, poderoso... y enamorado de Dalia con devoción de labrador retriever. Cada vez que ella presiente la tentación de caer en la tentación de dejarse adorar, sale por las noches y vuelve a casa con alguien que se parece a Martín, *pero no es Martín y es lo que cuenta*.

Así que no puede ser este chico (*¿Fabián? No, eso suena un poco argentino y creo que me dijo que era de Salamanca*) lo que la ha despertado traduciendo «peligro» entre murmullos.

Nada hay que altere a Dalia Fierro hasta ese extremo.

Nada ni nadie.

Al menos nadie que viva en España.

El nombre le llega desde lejos, desde un lugar con sol de mentira y orden arrojado en las costumbres.

No quiere pensar en él.

Convocarlo al evocarlo es un error. El peor de todos.

No debo pensar en Severo Justo.

Ya lo ha hecho.

—*Tanga, tanga, tanga.* —Se llama a sí misma «idiota» en filipino.

—Creo que te lo quité en el salón —murmura el chico desnudo, mientras se despereza—. Pero no te lo pongas todavía, porfa. Estás más guapa sin nada.

Se gira, la acaricia y se acerca y ella lo deja acercarse, tanto como es posible, hasta que no es posible estar más cerca. Todas las Dalias que son Dalia colaboran con la urgencia de quien necesita sentir en exceso para no pensar.

Y casi lo consigue.

Un rato más tarde, cuando estalla, en lugar de la habitual explosión de luz estilo supernova, Dalia ve, detrás de sus párpados, cosido del revés, un destello tibio y remoto.

Como el sol de Bruselas.

3

El presidente del Gobierno sueña que sueña que suena el Teléfono Rojo. Que no es rojo, sino negro. Pero él sueña que sueña que suena. Y eso lo asusta, porque ese teléfono no debe sonar. Despierta agitado.

El teléfono está en su sitio, sobre la mesa baja en una esquina del dormitorio. Su carcasa imita con eficacia a los viejos aparatos con disco para marcar los números, aunque dentro oculta tecnología de última generación y una línea imposible de intervenir.

Pero es de color negro. *Y yo lo quería rojo.*

Su mujer se remueve en la cama. Él mira, expectante, hacia el teléfono rojo que no lo es. El dormitorio sigue en silencio.

El presidente respira lentamente. Si siguiera acudiendo a terapia con la doctora Fierro, ella le haría entender que ese sueño no es más que una expresión del estrés provocado por el ejercicio de su cargo, acaso una de sus típicas proyecciones pesimistas que trata de ocultar con un sentido del humor siempre dispuesto a las bromas. Pero, desde que se perfiló como posible candidato a la Presidencia, sus asesores se mostraron amablemente inflexibles al respecto: nada de terapia.

El presidente consulta la hora.

Las seis de la mañana, pero ya es domingo y podré dormir un rato más, decide. Luego correré un poco por el parque, hay que avisar al fotógrafo.

Y decide también que hará cambiar el teléfono negro por uno rojo.

Aquí el presidente soy yo, se recuerda.

Y los asesores, que se pongan como quieran.

Al fin y al cabo, casi nadie sabe de la existencia de ese teléfono. Una línea totalmente segura, para avisarle en caso de catástrofe. De allí que él insistiera en llamarlo el «Teléfono Rojo», como en aquellas películas de espías que veía de niño. Pero sus asesores le advirtieron que había que evitar cualquier matiz ideológico que pusiera en tensión las diferentes sensibilidades del partido.

No entendieron que era un chiste.

Al presidente le encanta hacer chistes. Pero sus asesores insisten, desde el respeto, en recomendarle evitar cualquier intento humorístico, porque en un líder joven, como es su caso, el humor se podría confundir con frivolidad.

No entienden nada.

Sus colegas de otros países tampoco. Apenas ríen de sus chistes, *pero eso es que al traducir al inglés se pierde la gracia.*

Se acomoda para seguir durmiendo. El teléfono no sonará. *Nunca suena.*

Si España tuviera un buen arsenal atómico, ese teléfono tendría sentido.

Pero si hay alguna emergencia nuclear, seguro que me entero antes por Twitter que por nuestros gobiernos amigos, se repite el chiste que hizo en el último Consejo de Ministros.

Vaya si se rieron.

En especial, Interior y Defensa, que son los únicos que tienen acceso a esa línea para anunciar catástrofes. *A juzgar por las cifras, habría que darle el número también a Economía, se dice mientras cierra los ojos.*

Nombrarlos mentalmente por su cartera ministerial es otra de esas bromas que no puede compartir para no escandalizar a sus asesores: *últimamente me duran tan poco los ministros que no vale la pena memorizar sus nombres, con el cargo me alcanza.*

Se acomoda contra el cuerpo de su mujer.

Y cuando comienza a dormirse, suena el teléfono.

Salta de la cama y descuelga.

—Perdona la hora, presidente. —Es Interior—. Tenemos una emergencia.

—¿Un atentado?, ¿ha caído algún avión? ¿Qué ha pasado?

—Que han asesinado a Rogelio Calzado. El banquero.

—Sé quién es.

—Era. Se lo cargaron ayer en su mansión. Un destornillador en el cuello y antes le llenaron la boca de monedas de dos euros.

—Joder. No es que no se lo mereciera, pero... ¿Esa es la emergencia?

—El comienzo de la emergencia. Ya hay tres muertos anteriores y recientes con el mismo *modus operandi*: la cabeza envuelta en film de cocina hasta borrar los rasgos y, sobre el pecho, una nota con la firma: «Me llamo Nadie».

—No había oído nada de eso.

—Lo mantuvimos en secreto para evitar una alarma social.

—Bien hecho. Pero sigo sin comprender por qué es tan grave...

—Las víctimas anteriores no eran tan relevantes. Un constructor estafador en Valencia, un pequeño traficante de drogas gallego en ascenso y un empresario de Murcia que abusaba sexualmente de su hija.

—Delincuentes comunes. ¿Qué tienen que ver con el banquero más importante de España?

—Todos salieron bien librados. Ninguno fue a la cárcel. Buenos abogados, fallos del sistema... En cuanto a Calzado... ¿Tengo que recordarte que si no terminó entre rejas fue porque se le hizo una ley a medida?

—¡Pero eso fue cuando gobernaban los otros!

—Con nuestro silencio, presidente. Hubo un pacto y lo sabes.

—¿Estás seguro de que esta línea es... «segura»?

—Totalmente. ¿Te das cuenta de lo que supone esta serie de muertes? No está matando personas, sino estereotipos. ¡El tal Nadie está ejecutando gente que, a los ojos del populacho, merecía morir!

Populacho, repite en su cabeza el presidente. *Vaya anacronismo.*

—Hemos podido mantener el asunto lejos de los medios, pero con lo de Calzado comenzarán a husmear... y acabarán por enterarse. La gente está más aburrida que furiosa, pero esto encenderá la mecha del descontento popular... ¿Te imaginas lo que pueden hacer las redes sociales con algo así?

—Joder. Es cierto... ¡Hay que atrapar a ese cabrón!

—¿A alguien que se cuele como si nada en la casa de Rogelio Calzado, la más segura del país? Imposible, o casi. Detendremos a un par de activistas antisistema, pero no creo que la acusación se sostenga. Atrapar al asesino no es nuestra prioridad, presidente.

—¿Y cuál es?

—Tomar la previsión necesaria para minimizar daños cuando el «caso Nadie» estalle, que estallará. Demostrar que no escatimamos medios para atrapar al asesino de Calzado, y si por casualidad se consigue, ponernos la medalla. Y si no lo atrapan, poder soltar lastre...

—¿Qué tienes en mente?

—Crear una brigada especial, darle independencia y toda la publicidad posible. Poner al frente a alguien irreprochable. Y cuando fracase, arrojarlo a los leones. Lo de siempre.

Mientras hablan, el presidente se mira en el espejo. La luz de la lámpara lo ilumina desde abajo, todo el cuerpo. Pero deja su cara en penumbras.

Como si estuviera borrada.

O envuelta en film de cocina.

—Me parece un buen plan —dice en voz baja—. Pero habrá que moverse con rapidez. ¿Cuánto tardarás en orga-